

*Reunión Lacanoamericana de
Psicoanálisis*

“El niño y lo real de nuestro tiempo”

Alba Flesler

Río de Janeiro, Brasil, del 18 al 21 de octubre de 2017

Al comprometer su horizonte con la subjetividad de su época¹, el analista se coloca frente a un gran desafío.

Ubicadas sus reflexiones en la contemporaneidad, su abordaje obliga al psicoanalista a sumergirse en un gran esfuerzo. Es que sabe que para acercarse a lo real debe estar advertido. Nada garantiza que su perspectiva no se nutra de la urdimbre fantasmática que siempre acecha la visión de la realidad.

No es sino por eso que la investigación psicoanalítica, cada vez que hunde el remo en las arenas de algún tema desierto, atinente a la realidad del mundo, comienza por recordar la fuerza de la premisa lacaniana que abogó por subrayar que la realidad no es lo real.

Nada asegura el éxito de su empresa y tal vez por eso conviene partir de hipótesis más que de premisas o de certezas.

Al proponerme abordar lo real de nuestro tiempo respecto del niño y los tiempos del sujeto quiero asentar mis reflexiones en la perspectiva del psicoanálisis y su formalización lógica, pues sus coordenadas son las que más se acercan a lo real.

Me interesa pues, desde su marco, abordar en esta oportunidad el tema de las violencias humanas, para compartir algunas reflexiones sobre las causas que la engendran en el encuentro del sujeto con los otros.

¿Cuál es la causa de la hostilidad de un ser humano a otro? ¿Por qué la violencia humana?

Es bien sabido que la violencia animal no responde sino a las leyes de la naturaleza. No así las que el humano llega a ejercer poniendo en evidencia variables gozosas que rigen su cuerpo, armado con las siglas de las expresiones culturales.

El malestar en la cultura² grita hasta ensordecernos para mostrar que en el ser humano no son sólo las vías pulsionales desencausadas de sus fines culturales más elevados las que se agitan desaforadas en el engendramiento del malestar. Son otros los componentes activos, que anidan en la cultura misma, los que hacen germinar las expresiones más demenciales de la violencia humana.

Las pulsiones con su búsqueda perentoria de satisfacción producen más de un rostro de violencia para quien sucumbe a las tentaciones³, pero no menos eficacia demuestran los

ideales, que convertidos en mandato, inducen a la violencia. Al distinguir exhaustivamente, como ya lo hice en otra oportunidad, una violencia procedente del Ello y otra del Superyó no sólo me propongo trincar conceptos para contribuir a su esclarecimiento, también considerar una fructífera distinción para la clínica. Clínica de las pulsiones y clínica del superyó invitan a delimitar las intervenciones del analista, no menos que la delimitación de la violencia cuando responde a las fallas de los tiempos en la constitución del sujeto y su relación al otro.

El sujeto de la estructura tiene tiempos⁴ de constitución que se muestran más allá de su edad. Son tiempos de lo simbólico que se expresan en sucesión, tiempos de lo real que se muestran tanto en la redistribución de los goces como en las *Fixierung* que detienen la vida y se eternizan más allá de la edad mientras caen las hojas secas de los calendarios, y tiempos de reversión imaginaria que si fallan coagulan los cuerpos en imágenes del pasado. Mi interés en esta oportunidad es subrayar los tiempos en la relación del sujeto al otro y los múltiples rostros de las violencias como muestras del curso de esa temporalidad, sus operaciones empantanadas, sus progresiones y sus regresiones.

La dimensión temporal en la relación del sujeto y el otro abre en principio dos preguntas:

¿Cuándo emerge el otro? ¿Cuándo un niño registra a otro niño?

Para Freud⁵ el momento inaugural se expresa con la aparición de un hermanito, instalando el hecho en el complejo fraterno. Su aguda observación le permite extractar que la puntualidad temporal del acontecimiento, simultánea al retiro de asistencia que padece, se juega estrictamente en el instante en que el niño hace de esa presencia percepción, no antes.

El otro aparece en un tiempo de descubrimiento. En el perfil del espejo soñado, donde la mirada materna reflejó la imagen de todas las perfecciones, el desconocimiento fundante del engañoso narcisismo recibió el aguijón de una herida promovida por la aparición de otro. Otro niño que socaba la ilusión de ser el que reunía la suma de notas ideales para reinar majestuosamente como objeto pleno de virtudes en la expectativa gozosa del Otro real. Despertar, desde entonces y para siempre, conmoverá la representación del mundo del sujeto, enseñándole de una vez y eternamente el precio de la irrupción de lo real. No se trata sólo pues de la aparición de un hermanito sino de la percepción que hace el sujeto de esa aparición y el profundo tajo que deja estampado en su estructura.

Pero digamos para comenzar, que percibir a otro para luego registrar su otredad, tiene como condición *sine qua non* el buen enlace borromeo de lo real y lo imaginario con la cuerda de lo simbólico accionado por la función fálica. Para registrar al otro hace falta que se cumpla una operación de sustracción.

Pasaje con peaje, si no se paga no se atraviesa. Si no hay pérdida de goce, los tiempos del sujeto pueden padecer una *Fixierung* y enclavarse en lo que la psicología llama falta de empatía, en las pasiones más extremas, en los odios aniquiladores.

Así como la falla en la operación precedente, la que otorga en el espejo del Otro consistencia al cuerpo unificado, cuando se muestra incumplida impide encontrar respuesta al hostigamiento de otro, la coagulación fotográfica del estadio especular, puede ocasionar las más variadas formas de intolerancia a la presencia de la otredad.

En los recovecos de ese tiempo inaugural, se irá trazando el mapa en el que el sujeto localizará su posición ante lo desconocido, lo no conocido, lo extranjero y la extranjería. Lo propio y lo ajeno abrevarán en las aguas de una bipartición que hace de la segregación la condición del agrupamiento humano. En el texto de Freud el hermanito aparece en su función de molesto rival al que se quisiera hacer desaparecer, pero luego, con el tiempo su presencia se torna anhelada y se lo buscará como compañero de juegos.

Parece natural pero no lo es.

¿Cuándo el otro es un rival? ¿Cuándo un contrincante?

¿Qué lo coloca como un opositor?

¿Qué lo convierte en un enemigo?

¿Cuándo el otro es un otro al que hay que exterminar? Y ¿qué permite que el otro sea un amigo o se lo considere un compañero de juegos?

¿Ha de ser -como dice Freud- que sólo con el paso del tiempo y espontáneamente se abandona la hostilidad, el firme anhelo de hacer desaparecer al otro? ¿Alcanzará el transcurrir de los días para ver surgir el sublime deseo de considerar al otro un compañero de juegos?

Basta acercarnos a la cotidianeidad para comprobar que los sentimientos nobles no se gestan temprana ni espontáneamente, tampoco son de progreso evolutivo, y más bien dependen de operaciones contingentes.

La primera de ellas hace que el niño se ilusione con ser falo, por eso desconoce la diferencia entre la imagen y el yo, y cree poseer todas las perfecciones salteándose que el yo es función del desconocimiento. Cobertura de un pedazo de real, el falo imaginario con el que se identifica siempre se presentará sobre un fondo de ausencia, por eso la otredad amenaza la unidad y tiene que ser desestimada. Sobre el otro recaerán todas las imperfecciones, debe ser denigrado, desmembrado, cuando no destruido. Todo bipartidismo se asienta en la tensión entre el uno y el otro y cuando persiste a lo largo de la vida cobra sus consecuencias.

¿De qué depende entonces el pasaje? ¿Qué permite que haya un pasaje y no se coagule la fijeza en ese tiempo?

El otro se constituye en ese instante de precipitación jubilosa que reconocemos como estadio del espejo. Solemos a partir de él considerar la relación con el semejante desde una perspectiva predominantemente imaginaria, pero el otro es tripartito. Su hechura es trinitaria y sus consistencias están enhebradas por los tres registros⁶.

Será su colocación en la perspectiva del sujeto la que hará prevalecer uno u otro de sus perfiles no siendo un dato menor que el otro con su posición contribuye a colocar o descolocar esa perspectiva. Vernos reflejados en el otro nos hace amar las coincidencias, pero cuando es incierto quién es el falo imaginario del Otro, surge la rivalidad y la competencia será la razón de todas las guerras. La lucha puede ser a muerte si en ese tiempo crucial falla la legalidad de la función fálica que invita a la castración y a la escritura del no-todo. Para relevar al otro de la pura tensión que le reserva lo especular en el plano de lo imaginario debe reinar la incompletud. . Tapones varios pueden sin embargo atorar la operación benéfica que la incompletud promueve y las voces encarnadas en el discurso de los tiempos arrastrar como falla un imaginario cristalizado. Nada logra esmerilar el bipartidismo amigo-enemigo. Lo real del otro, su goce, se torna amenazante, también los goces del sujeto cuando el prójimo es “la inminencia intolerable del goce”⁷. En los casos extremos, cuando el error en lo simbólico es de estructura, la bipartición no se agota en la opción amigo o enemigo, puede desencadenar fenómenos del doble o despersonalización extrema. Múltiples rostros de la restitución egóica

se ponen de manifiesto en el abanico de las presentaciones neuróticas o psicóticas. Explícitos egoísmos, altanerías, narcisismos inflamados que parecen fuertes pero son reveladores del desesperado intento por reparar la enorme fragilidad en la que se asientan sus alardes y expresiones. Malos tratos físicos, psíquicos, hostigamientos constantes y burlas al otro tienen por causa frecuente una amenaza de la unificación yóica.

La pregunta por el otro debe ser planteada dentro de la lógica fálica.

Dicho en otros términos, la relación del sujeto al otro depende del gran Otro. Y el Otro puede, como ha ocurrido tantas veces a lo largo de la historia, equivocarse tal como lo hizo el buen dios al aceptar la ofrenda de Abel y rechazar la de Caín⁸. La medida de la relación al otro el niño la busca en el gran Otro. Cómo no recordar la pregunta típica de los niños dirigida a sus mayores cada vez que hay un conflicto: “¿Quién tiene razón?”, preguntan. Cuando lo simbólico contribuye al buen anudamiento de lo imaginario y lo real, la escena entre el sujeto y el otro se mueve, hace juego. Otro niño puede ser un rival, pero también un compañero de juego. Colocado como contrincante, un oponente no será un enemigo. Sólo con un buen simbólico se rompe la bivalencia entre lo imaginario y lo real que siempre tensa la cuerda a muerte. Con él el agrupamiento humano no se sostendrá solo de la segregación, podrá hacer reunión e incluir las diferencias. Un buen simbólico es el que anudado guarda en su corazón un agujero para promover en los tiempos de la infancia y en los de la vida toda, el pasaje del yo al sujeto. Será el que le permitirá cantar como lo hace el poeta:

“Puede que a ti te guste o puede que no
pero el caso es que tenemos mucho en común
bajo un mismo cielo, más o menos azul,
compartimos el aire
y adoramos el sol.

Los dos tenemos el mismo miedo a morir
idéntica fragilidad
un corazón,
dos ojos, y un sexo similar
y los mismos deseos de amar

y de que alguien nos ame a su vez.

Puede que a ti te guste y puede que no
pero por suerte somos distintos también.
Yo tengo una esposa, tú tienes un harén,
tu cultivas el valle
yo navego la mar.

Tu reniegas en swajili y yo en catalán...
yo blanco y tú como el betún
y, fíjate,
no sé si me gusta más de ti
lo que te diferencia de mi
o lo que tenemos en común.

Te guste o no
me caes bien por ambas cosas
lo común me reconforta,
lo distinto me estimula.

Los dos tenemos el mismo miedo a morir
idéntica fragilidad
un corazón,
dos ojos, y un sexo similar
y los mismos deseos de amar
y de que alguien nos ame a su vez.

Te guste o no”⁹

¹ Lacan, Jacques: “Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis”, Escritos (tercera edición, nuevamente corregida, 2009), Editorial Siglo XXI, editores S.A.

² Freud, Sigmund: “Malestar en la Cultura” (1930^a [1929]), Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1985. T. XXI, pág. 57

³ Vegh, Isidoro: “Senderos en análisis”, Ed. Paidós, Buenos Aires, 2013.

⁴ Flesler, Alba: “El niño en análisis y el lugar de los padres”, Ed. Paidós, Buenos Aires, 5^o reimpresión 2017.

“A Psicanalise de Crianças e o Lugar dos Pais”, Ed. Zahar, Brasil, Río de Janeiro, 2012.

⁵ Freud, Sigmund: “Sobre las teorías sexuales infantiles”, 1908, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 1985. T. IX, pág. 189-190.

⁶ Lacan, Jacques: “R.S.I” Seminario 22 (versión crítica), clase 2: 17 de diciembre de 1974, pág. 2 y pág. 10.

⁷ Lacan, Jacques: “Les deux versants de la sublimation”, en D’un Autre à l’autre, clase del 12 de marzo de 1969, París : Seuil, 2006, pág. 225.

⁸ Biblia de Jerusalén: Ed. Española, dirigida por José Angel Ubieta. Génesis págs. 4 15, Equipo de traductores de la Biblia de Jerusalén publicado en francés por les Editions du Cerf, Paris, 1973.

⁹ Serrat, Joan Manuel: Álbum “Nadie es perfecto”, fecha de lanzamiento 1994.